SUPLEMENTO
LITERARIO DE
PAGINA/12
AÑO IV Nº 197
12 • 8 • 2001

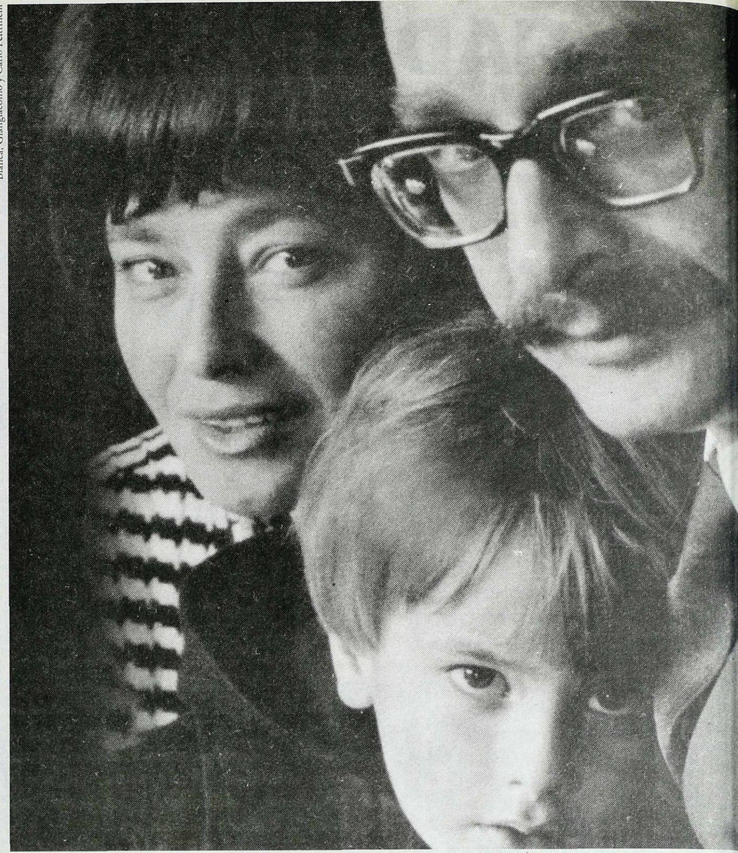


DANIEL LINK *Martín Fierro* y la decadencia argentina
EDITORES INDEPENDIENTES Jorge Herralde y Alejandro Katz
LIBROS ELECTRÓNICOS Dónde y cómo conseguirlos
EL EXTRANJERO Paula Fox, el regreso

Alta tensión

Feltrinelli jugando a la pelota con Fidel Castro.

Giangiacomo Feltrinelli, el mítico editor italiano, es objeto de una biografía escrita por su hijo Carlo Feltrinelli y traducida ahora por Tusquets. *Senior Service* es no sólo un relato apasionante de una vida fuera de sí sino, sobre todo, un cuadro de esas épocas en que los editores confiaban en poder cambiar el mundo con sus libros.


Bianca, Giangiacomo y Carlo Feltrinelli

POR JUAN IGNACIO BOIDO

Pocas veces la izquierda y la derecha coincidieron tanto como en la muerte de Giangiacomo Feltrinelli. El 14 de marzo de 1972, en la noche cerrada de las afueras de Milán, su cadáver apareció desmembrado, junto al poste de alta tensión que pretendía volar, con una bomba casera que terminaría fallando, dejándolo boca arriba y con una de sus piernas a la altura de la cabeza, a un metro del cuerpo. Dos días después, cuando las autopsias, los rumores y el reconocimiento del cadáver confluyeron en el nombre del que todos sospechaban, los diarios de Italia publicaron al unísono el mismo titular: "¡Se trata de Feltrinelli!". La política italiana recorría, de derecha a izquierda, el espectro que va de la sorpresa al alivio.

La derecha se declaraba pasmada por lo lejos que había llegado uno de los suyos, el hijo díscolo de "nuestra querida Giannalisa", que en 1940, ya viuda y fabulosamente enriquecida por la muerte del viejo Feltrinelli, había comprado de manos de Il Duce el título de marqués para su único hijo varón, y que, seis años después, había llorado con los reyes la noche en que el referéndum de 1946 desterró a la monarquía, sin por eso conmoverse o denigrarse lo suficiente como para soltar el timón de una fortuna familiar que se contaba entre las cinco más caudalosas de Italia, a la par de los Lancia, los Pirelli, los Crespi y los Puricelli.

La izquierda, o por lo menos buena parte de la izquierda, se declaraba, a través de la tibieza de sus declaraciones, liberada de seguir y temer los movimientos de quien había sido uno de ellos, pero que en los últimos tiempos podía considerarse un militante furibundo, fuera de control, operando desde la clandestinidad como un polo político independiente, denunciando la burocracia y las atrocidades partidarias, financiando acciones terroristas fuera de la órbita del PCI, ajeno incluso al accionar de las Brigadas Rojas, moviéndose de incógnito por Europa y América latina, refugiándose en círculos de militantes, campamentos guerrilleros o páramos alpinos, utilizando una docena de pasaportes falsos, huyendo de algo o alguien que ni él ni nadie parecía saber muy bien qué o quién era.

Para unos y para otros, la muerte de Feltrinelli cerraba, por lo menos en Europa, por lo menos simbólicamente, una forma de militancia, un espíritu partisano de modales terroristas, nacido de la lucha antifascista durante la ocupación alemana de la Segunda Guerra.

GRUPO DE FAMILIA

Son las mismas izquierda y derecha, aunque menos consolidadas y menos expuestas en sus miserias, las que treinta años antes estaban aliadas contra Alemania, cuando Feltrinelli descubre que la política es algo más que recibir a Víctor Manuel a la hora del té. Y contra lo que se podría suponer, esta iniciación ideológica se da, a la vez, dentro y fuera del ámbito familiar. De nada sirve el férreo aislamiento que la burguesía industrial impone sobre sus hijos (mayordomos, institutrices, cotos de caza, lagos en Suiza, suites en el George V, vagones en el Orient Express). Con 18 años, mientras el resto de la familia abandona la Italia ocupada rumbo a América, Feltrinelli se enrola como voluntario en el ejército. Un año después, está en Roma el Día de la Liberación. En el entusiasmo neorrealista de las celebraciones, alguien le hace leer el *Manifiesto comunista* y *El Estado y la revolución* de Lenin. La *Historia de la literatura latina* de Concetto Marchesi le permite aplicar –corrobora– el método de análisis marxista desde la tradición italiana. "Me impresionó especialmente el estudio de la lucha de los Gracos en la antigua Roma", diría unos años después. "Marchesi se basaba en ella para demostrar la existencia de dos clases sociales enfrentadas: patricios y plebeyos, explotadores yexplotados. Toda mi experiencia se enmarcaba así en este esquema todavía válido, y todos los acontecimientos políticos, el fascismo, la guerra, adquirieron un nuevo contenido social." El PCI, aunque abriga sus sospechas, encuentra de suma utilidad los servicios del afiliado número 0735668, alguien dispuesto a transmitir los más valiosos secretos de Estado que diferentes comensales discuten semanalmente en el comedor de su casa materna.

Cuando a los 21 años la ley le permite hacerse cargo de la herencia paterna, hasta entonces en manos de su madre, Feltrinelli queda al frente de un emporio con participación en prácticamente todas las industrias italianas y sede en una docena de países. Su eficiente administración, además de convertirlo en el carnet más valioso del PCI, lo muestran como "un rico en busca de un extraño equilibrio, no demasiado comprensible, precario, aparentemente inalcanzable. Con estos antecedentes, lo natural es que se hubiera convertido en un descamisado, en un filántropo o en un empresario encorvado siempre sobre la facturación. Pero no fue nada de esto".

CERCA DE LA REVOLUCIÓN

El que habla es Carlo Feltrinelli, y que su padre no haya sido nada de eso es lo que lo llevó a escribir *Senior Service*, un libro que, bajo la máscara de una biografía, esconde un peregrinaje que avanza precisamente en la dirección opuesta a la que recorre el biógrafo: rigurosamente documentado, munido de testimonios, diarios personales, informes de inteligencia y cartas inéditas, cuanto mejor dibuja el perfil de su padre, más inexpugnable parece el motivo que lleva a su padre, en 1969, a abandonar la casa familiar para pasar a la clandestinidad y morir tres años después desmembrado en las afuera de Milán, cuando su hijo tenía sólo diez años.

A los veintipocos, Giangiacomo acaba de conocer a la madre de su futuro hijo y reparte el día entre administrar una fortuna y ponerla al servicio de su norte político. Milita. Financia. Sale a pegar carteles al volante de un Buick azul sobre el que cada tanto tienen que pararse a mear para derretir la escarcha formada en el parabrisas. Conoce a Palmiro Togliatti (fundador del PCI, amigo de Gramsci, exiliado durante el fascismo y secretario del Komintern ruso) y a Secchia (autor del lema "Una agrupación por campanario"); se agiganta en su cabeza la idea de una "justicia laica". Dueño de medio pueblo de Gargnano, vacía edificios en desuso y manda a construir asilos y casas para chicos. Asiste puntualmente a las reuniones en la librería Einaudi, pasa horas hablando con Pavese, financia la quimera editorial de Giulio Einaudi (otra oveja negra: "el hijo comunista del presidente de la República", diría la policía milanesa en un informe unos años después). Hasta que a fines de los cuarenta, decide junto a Togliatti el primero de los dos emprendimientos culturales que lo van a sobrevivir: montar una "biblioteca dedicada a la historia del movimiento obrero internacional".

Los "papeles de la Revolución" ya habían vivido su esplendor durante la primera mitad del siglo y habían llevado al Instituto Marxista Leninista de Moscú a enviar 120 corresponsales por todo el mundo en busca de documentos. Manuscritos, correspondencia inédita, diarios, revistas, originales: todo lo que permitiera reconstruir hasta el detalle y fortalecer la unidad del movimiento obrero, antes de que cayera en manos de fundaciones norteamericanas, Feltrinelli quiere que sea ordenado, catalogado y estudiado en la Biblioteca Feltrinelli de la Via Manzonni milanesa. Son años de entusiasmo y kilometraje: Feltrinelli viaja por Europa tras la pista de manuscritos firmados por Engels, Marx y Lenin, primeras ediciones del *Manifiesto Comunista* y diarios olvidados de tiradas minúsculas. Recorre Europa a bordo de un Citroën Traction negro junto a Giuseppe del Bo: de la casa de un anticuario de una familia mencheviquelituana a orillas del Sena a una librería en Osnabrück, y de ahí a la casa en Holanda de Herbert Andreas, un alemán que se hace llamar Bert en honor a Brecht, además de los contactos oficiales con el Instituto Marxista Leninista de Moscú. La Biblioteca cuenta con una red de estudiosos, consultores y proveedores de primera línea. Incluso pulsea más de una vez con universidades norteamericanas que, en los albores del macartismo, intentan comprar el mismo material con propósitos mucho más espurios. Ante las primeras incomodidades que delatan el PCI y Moscú ante la fruición con que sirve a la causa sin los filtros previos habituales, Feltrinelli da muestra de su lealtad asociándose con el PCI para todo negocio entre sus empresas y Europa oriental, pero considera que "no es necesaria" la injerencia de la burocracia en el trabajo de la Biblioteca, que en poco tiempo empieza a ganar una reputación legendaria entre los académicos marxistas del mundo.

Pero no pasan cinco años cuando esto ya no alcanza. No alcanza con rescatar y resucitar material histórico: la historia no es sólo historia sino que además es política, y si es política hay que actuar, operar, intervenir sobre ella. Conclusión: en 1955 Giangiacomo Feltrinelli Editore debuta poniendo en circulación *El flagelo de la esvástica* de Lord Russell de Liverpool y la *Autobiografía* de Jawajarlal Nehru. El editor tiene 29 años y por ese entonces todavía se cree que los países del Tercer Mundo pueden "salir de una dominación colonial" e insertarse así "con fuerza" en el sistema político mundial. Por ese entonces, ni la liberación tercermundista ni una editorial capaz de desestabilizar a través de la lectura la balanza política son ideas nuevas o disparatadas: ya en el '49, la editorial Rizzoli había lanzado su colección Bur y el diario *Milano Sera*, la Biblioteca Universale Economica del Canguro, una serie de bolsillo que llegó a vender 35 mil ejemplares semanales. El slogan: "Un libro a la semana contra el oscurantismo". El objetivo: recuperar la "gloriosa tradición italiana de fines del siglo XIX", cuando algunos editores como Perrino, Barbera y Sonzogno se sumaron al "proyecto humanístico-educativo del incipiente socialismo" editando clásicos de la literatura a precios irrisorios. Es en

> El objetivo de Feltrinelli es recuperar la "gloriosa tradición italiana de fines del siglo XIX", cuando algunos editores como Perrino, Barbera y Sonzogno se sumaron al proyecto humanístico-educativo del incipiente socialismo. Ahora, hay que "superar cierta cultura de escuela, ya sea liberal, católica o marxista, dominante en las principales editoriales".


Feltrinelli con el director David Lean.

esa Universale del Canguro donde Feltrinelli hace sus primeras armas, hasta que, del oscuro segundo plano, salta al timón de la gestión administrativa. La colección hace agua por todos lados, pero Feltrinelli se niega a financiar el déficit. Su determinación –quizá producto de un frente mental consigo mismo y su familia– es demostrar que quienes quieren algo mejor no lo hacen por incapacidad para sobrevivir bajo este orden sino por generosidad: Feltrinelli Editore, construida alrededor del espíritu de la Universale del Canguro, va a ser, por lo menos durante la primera década, un ejemplo de eficiencia financiera y política editorial. El objetivo es "superar cierta cultura de escuela, ya sea liberal, católica o marxista, dominante en las principales editoriales".

Aunque sin esta máxima programática, son varias las editoriales que por ese entonces empiezan a hacer ruido. En París, Olympia Press publica *Lolita* y, un tiempo después, *Hombre de mazapán* de J.P. Donleavy. En San Francisco, la librería City Lights de Ferlinghetti gesta el embrión de los *beatniks*. En Italia, la misma Einaudi sigue publicando, ya sin recurrir a blindajes financieros. Pero el proyecto de Feltrinelli es comercialmente terrorista: para 1956, tiene acuerdos con la mayoría de las mejores editoriales extranjeras y crea Feltrinelli Libra Spa con el objetivo de comprar o administrar pequeñas librerías a lo largo de toda Italia. Ya tiene tomado Milán, Pisa, Roma y Génova. Para Feltrinelli, la revolución armada parece momentáneamente imposible. Una nueva forma de capitalismo se derrama sobre Europa. La relaciones de Italia con el gobierno norteamericano son cada vez mejores; nadie teme una revuelta; las empresas se *aggiornan*: la Fiat reorganiza el departamento de personal, ficha a susobreros, contrata vigilancia uniformada, paga informantes dentro y fuera de la planta, fomenta la formación de un sindicato "amarillo", ajeno a la izquierda, corren rumores de automatización, se reagrupa y se despide a los activistas con cualquier pretexto. La apuesta de Feltrinelli es conseguir un circuito unificado: editorial, distribuidora y librerías. El catálogo, piensa, se va ocupar del resto.

EL SUEÑO HA TERMINADO

Pero en medio de esta ampliación del campo de batalla que significaba la publicación en Europa occidental de las voces más "disonantes" del Este –*Actas* de la Octava Reunión Plenaria polaca, el *Discurso al círculo Petöfi* de Lukács, etc.– , el 23 de octubre estallan las revueltas de Budapest y se abre la primera grieta en la izquierda europea. El diario del PCI censura el manifiesto de los intelectuales italianos, que en cambio sí publican gustosos los diarios nacionales. Son muchos los que, como Italo Calvino, devuelven el carnet. "La pérdida de pequeños sectores marginales de intelectuales no es relevante", sostiene el PCI. Para Feltrinelli, que va a guardar su carnet por un año más, se ponen de manifiesto las diferencias "hasta ahora encubiertas" con los camaradas "afiliados al partido en la época de la lucha antifascista y de la guerra de liberación o en el curso de las batallas por la paz y la democracia del último decenio". Aunque no entrega el carnet, Budapest emite para él un mensaje nítido y privado: Moscú se ha endurecido, no existe la menor posibilidad de que alguna vez se edite en suelo soviético el manuscrito del poeta Boris Pasternak, en manos de la editorial estatal moscovita. Feltrinelli había recibido una copia ese mismo año mediante un intermediario, junto con un mensaje en el que Pasternak le agradecía la intención de publicarlo a toda costa fuera de la Unión Soviética a la vez que le aseguraba: "Queda usted invitado a partir de este momento a mi fusilamiento". De todo el arsenal ideológico en que se estaba convirtiendo el catálogo de la editorial, van a ser dos novelas las que pongan a Feltrinelli Editore en el centro de la escena: *El doctor Zhivago* y *El Gatopardo*. Y de las dos, va a ser *Zhivago* la que marcará el divorcio cada vez más marcado entre Feltrinelli y Moscú.

Aunque nunca saldrá de su boca una palabra antisoviética, Feltrinelli libra contra su voluntad su propia guerra fría. Para él, Moscú ha congelado el espíritu de la revolución y enterrado la esperanza de una justicia laica. Pero tampoco encuentra consuelo en la democracia europea. Por un lado, la Biblioteca empieza a tener problemas al aventurarse en la historia de la Tercera Internacional y el PCI: el Partido sospecha de sus intenciones, se queja, aprieta. Por otro, cuando *Zhivago* sale a la calle el 23 de noviembre de 1957, la CIA y el servicio secreto al servicio de Su Majestad se disputan el pirateo de un libro que, según dicen las primeras repercusiones y la meticulosa marca personal que la KGB impone sobre el editor, amenaza con herir de gravedad la reputación de la revolución del '17. Durante los siguientes doce años, Feltrinelli vivirá haciendo equilibro sobre las redes que abajo le tienden la CIA y la KGB, haciendo avanzar su "atormentada coherencia" política en las aguas del Swinging London.

LA MAREA POP

Durante las páginas que ocupa la década del 60, *Senior Service* parece seguir la trama desordenada de una película a medio camino entre Bond y Graham Greene. Aunque nunca van a conocerse, Feltrinelli y Pasternak consolidan una amistad epistolar (de la que Carlo Feltrinelli publica extraordinarios intercambios hasta ahora inéditos) que se vale de emisarios, soporta persecuciones y pérdidas, y hasta llega a necesitar del "método del billete": cada uno sabrá si el mensajero es de fiar si puede mostrarle la otra mitad del billete que tiene en su poder. Pasternak es millonario del otro lado de la Cortina, y su editor un tesorerointachable. Las librerías se vuelven el pulmón de la vida literaria italiana. Feltrinelli recorre Europa firmando contratos, buscando libros y haciendo contactos políticos. Las fiestas alivianan el trabajo: Von Rezzori aparece intempestivamente una noche con la novia de Mick Jagger, Mary McCarthy se emborracha en un rincón, Kerouac también, Nabokov discute con displicencia, María Callas llora por Onassis, llegan de visita poetas rusos que se gastan en una semana en Occidente las ganancias que nunca van a poder cobrar en Moscú. Feltrinelli viaja a Nueva York, conoce a Warhol, a Lou Reed y a Nico. En la librería de Milán aparece Joan Baez. Para la de Roma, compran una rocola y una máquina de Coca-Cola y llena la librería de chicos de catorce y quince años. "Se puede decir que la primera discoteca de Roma fue la librería Feltrinelli", diría después la librera Franca Fortini. Venden sprays para el pelo, ropa importada de Londres, pelucas. Y libros. Cuando intentan detener la primera edición italiana de Henry Miller por "obscena", Feltrinelli decide convertir el tema en un caso ejemplar y llevar a tribunales un equipo de especialistas –psicólogos, sociólogos, historiadores– para "definir lo que es la obscenidad". Pero la idea es demasiado incluso para sus propios abogados y *Trópico de Cáncer* empieza a circular en 1962 en una edición Feltrinelli impresa en Bellinzona y almacenada en Basilea. El plan es digno de una película con Gassman: contrabandear los libros hasta la Maison du Livre Italien de Niza, donde los recogían en auto para pasar la aduana de Ventimiglia con doscientos o trescientos ejemplares por viaje y venderlos a escondidas en Italia. La única vez que están a punto de ser descubiertos, el que lleva los libros es Bertini, el librero a cargo de las librerías Feltrinelli. Por una vez decide no pasar por Suiza y cruzar por la frontera en Brenner. Pero en la aduana un policía le ordena parar el auto porque iba demasiado bajo debido al exceso de equipaje. "Llevaba el auto hasta los bordes de *Trópicos*, mezclado con catálogos de editoriales extranjeras. Me hizo abrir el baúl. Le dije que venía de la Feria de Francfort. Creí que me moría. *Cuántos libros sobre el cáncer*, me dijo. *Es una enfermedad terrorífica*, repuse yo".

POR EL CAMINO DEL CHE

Pero no todo es Bond. Durante esos años puede registrarse el paulatino desvío que llevará a Feltrinelli a pasar a la clandestinidad un año antes de que termine la década. Junto a las ediciones de Miguel Angel Asturias, Vargas Llosa, Sabato, Fuentes, García Márquez (que no es "demasiado de izquierda pero destila ética del milagro"), Tom Wolfe y James Baldwin, ordena las ediciones de *Oración fúnebre por Ernesto "Che" Guevara* de Fidel Castro, el *Libro rojo* de Mao, los discursos de Ho Chi Min, *Para leer El Capital* de Althuser. Organiza y asiste a conferencias con células militantes en toda Europa. Entre 1964 y 1965 empieza lo que será su derrotero durante los siguientes cinco años: va y vuelve de Cuba, donde entrevista durante horas a Fidel para las *Memorias* que tiene en preparación, pero las conversaciones se desvían permanentemente y terminan en competencias por ver quién cocina mejores *spaghettis* mientras discuten el imperialismo norteamericano, la solidaridad entre países del Tercer Mundo y los movimientos de liberación nacional, bases para la plataforma tricontinental que Cuba debería encabezar. Cada vez que vuelve a Milán, la política editorial amenaza un poco más con convertirse en política a secas, hasta que en el '67 funda Edizioni della Libreria, una colección destinada a publicar "opúsculos políticos a magras 250 liras". Feltrinelli ya no cree en lo que alguna vez llamó "la mediación de la cultura": "¿Puede un editor cambiar el mundo? Difícilmente: un editor no puede siquiera cambiar de editor", escribe por entonces para la revista *King*. Sus tareas van quedando en manos de sus subalternos más leales. Él sigue yendo a Cuba, pero ya sin intenciones editoriales. Visita el campo de adiestramiento en Punto Cero, y de ahí combina vuelos que lo llevan hasta los líderes de países africanos. Viaja a Bolivia tras la detención de Regis Debray y le escribe a Lyndon Johnson abogando por su libertad. Se encuentra con Arafat para su primera entrevista pública como líder de la OLP y dicen que, tras las primeras noticias de su detención, ofrece al gobierno boliviano 50 millones en efectivo por el Che vivo. Pocos días después, en su librería de Milán, se cuelga la primera copia de la foto tomada por Alberto Korda: nace el poster del Che. Cuando se aquietan las aguas del Mayo Francés –"esos chicos que salieron a la búsqueda de China y encontraron California", el mismo año que Warhol recibe un balazo y se produce la masacre de Tlatelolco–, Feltrinelli sólo acelera: toma contacto con dirigentes de grupos de la izquierda italiana (Potere Operaio, Lotta Continua, Grupos de Acción Partisana, Brigadas Rojas), pero siempre con el afán de superarlos en ímpetu revolucionario. Toni Negri, ideólogo de las Brigadas Rojas, recibe una carta en la que Feltrinelli le remarca que lo importante "no es unificar sino buscar puntos de unión para llevar a cabo una acción conjunta". Mientras tanto, su paso por la Factory warholiana deja su huella, y ese año Feltrinelli posa para la tapa de *Vogue* con un abrigo de nutria. Pero eso parece, en definitiva, el canto del cisne: finalmente llega 1969, el año en que Milán asiste a 45 atentados y a las primeras de las 520 millones de horas de huelga que van a paralizar al país.

Feltrinelli considera indispensable la creación de una red clandestina para resistir el embate represivo. Salir a la superficie no es una opción: "sería demostrar que confío en las reglas de juego de nuestra sociedad, en la imparcialidad de la magistratura, en los sistemas y en las instituciones del Estado". Esto recién podrá ser revertido, piensa, cuando Córcega sea finalmente la Cuba del Mediterráneo.

(*continúa en página 4, col. 1*)

(viene de página anterior)

MI CREDO

Cuando estalla el atentado de Piazza Fontana y es citado por la policía, aunque no existen pruebas en su contra Feltrinelli se desliza hacia la clandestinidad. Hasta para la izquierda está yendo demasiado lejos. Enrico Filippini diría que "estaba perdiendo el rumbo, se había enamorado de una analogía. Ya no entendía el valor de la mediación cultural, le había ganado la impaciencia. Se volvió atropellado, genérico, fanático". Toni Negri es un poco más categórico: "Feltrinelli es el editor rico imbuido del mito arcaico de la resistencia traicionada". Según su hijo, probablemente quien más tiempo haya dedicado a entender la lógica de su padre durante estos últimos cuatro años, Feltrinelli padece "algo que sucede cuando las personas se identifican demasiado con la Historia y la convierten en su religión". Curiosamente, Feltrinelli hijo no encuentra, o por lo menos no incluye, a nadie capaz de entenderlo: su padre vive en una permanente alucinación, entre revoluciones inminentes, ataques de la ultraderecha, guerrilleros de la Tricontinental, grupos terroristas y agentes de los servicios secretos.

En la práctica, Feltrinelli teme un golpe de Estado del fascismo italiano y considera indispensable la creación de una red clandestina capaz de resistir un primer embate represivo. Salir a la superficie no es una opción: "sería demostrar que confío en las reglas de juego de nuestra sociedad, en la imparcialidad de la magistratura, en los sistemas y en las instituciones del Estado". Esto recién podrá ser revertido, piensa, cuando Córcega sea finalmente la Cuba del Mediterráneo. Hasta entonces, deja sus empresas en manos de apoderados y exige a sus editores que abandonen la antigua línea editorial, se subordinen a los fines políticos y encaren una propuesta "constantemente terrorista". Él vive bajo un ramillete de nombres falsos que cambia frenéticamente, falsificando sus propios pasaportes; sabotea transmisiones televisivas con una radio casera; vive con una novia entre Austria, Suiza y el norte de Italia; se suma a células militantes con diferentes seudónimos; la CIA lo busca por ser "el principal agente castrista en Europa"; cuando puede, viaja a Cuba; algunos dicen haberlo visto en Checoslovaquia, Africa, Latinoamérica. Lo único seguro son los encuentros clandestinos que planea para ver a su hijo en una estación de tren, en un pueblo alpino o en el jardín de atrás de la casa familiar. "Nadie puede entenderlo ya. Ni siquiera Del Bo, *he's lost*",escribe su mujer en su diario tras uno de sus últimos encuentros. Hasta sus amigos partisanos barajan la posibilidad de hacerlo detener.

Lleva cuatro años en la clandestinidad la noche que intenta volar con una bomba casera una torre de alta tensión en las afueras de Milán. Al escuchar el estruendo y ver a "Osvaldo" desmembrado en el suelo, sus dos compañeros huyen y nunca más vuelven a militar. Ese mismo año, el fin de la guerra de Vietnam, la descomposición de los movimientos pacifistas, la transformación de.la "teoría del foco" en una guerrilla de accionar urbano, el shock del petróleo, el desencadenamiento de una crisis económica y los golpes de estado en Latinoamérica, garantizan que las torres de alta tensión nunca más vuelvan a temblar. ♣

EDICIÓN INDEPENDIENTE

El violento oficio de editar

De cara al nuevo milenio, los editores independientes reexaminan su lugar en el mercado del libro tratando de sostener, entre la mercadotecnia y las nuevas tecnologías, su perfil característico.

El mes pasado la españolísima Universidad Internacional Menéndez Pelayo organizó, como parte de sus actividades de verano, el XVII Encuentro sobre la Edición que, además de un público ávido que obligó a los organizadores a cerrar la inscripción semanas antes del evento, reunió a los nombres más importantes de la edición independiente europea. Coordinado por Jorge Herralde (Anagrama), el Encuentro reunió a Javier Pradera, Francisco Porrúa, Xavier Folch, Manuel Borrás, Christian Bourgois, Carlo Feltrinelli, Paul Otchakousky-Laurens, Olivier Cohen, Gonzalo Pontón, Enric Folch, Alejandro Katz, Franco María Ricci, Jaume Vallcorba, Michael Krüger, Christopher MacLehose, Morgan Entrekin, Pedro del Carril, Roberto Calasso y Amador Fernández Savater alrededor de mesas que discutieron la producción editorial de los años sesenta y setenta, examinaron "la marca editorial como contraseña", presentaron un panorama de la situación de las editoriales independientes en Francia, Alemania, Reino Unido y Estados Unidos (bajo el sugestivo título "Nadando con tiburones"), y defendieron el nombre de editor como central de una práctica dominada, en los últimos años, por la más salvaje mercadotecnia. En esta edición especial de *Radarlibros* se transcribe el discurso inaugural de Jorge Herralde, Alejandro Katz escribe sus impresiones sobre el encuentro y se homenajea al gran editor alemán Klaus Wagenbach.

Un encuentro a toda orquesta

POR ALEJANDRO KATZ

Un fantasma recorre el mundo editorial: el fantasma de la concentración. Como en otros sectores de la industria y de los servicios, la concentración empresarial –mayor parte del mercado mundial controlado por menor cantidad de protagonistas– es, más que un espectro, una realidad. Pero, a diferencia de cuanto ocurre en buena parte de otros sectores económicos, en la industria editorial, como en las restantes industrias culturales, la concentración es percibida como una amenaza para la sociedad civil, y no sólo para los pequeños y medianos empresarios que son absorbidos –cuando no simplemente destruidos– por los grandes grupos. De hecho, y hay al respecto suficiente consenso, si la concentración empresarial en la mayor parte de las actividades económicas no vinculadas con la oferta cultural y educativa entraña el riesgo del monopolio o del oligopolio, con sus conocidos efectos sobre el usuario o el consumidor, la puesta de límites a las posiciones dominantes es un asunto relativamente sencillo cuando hay para ello voluntad política, como la hay, sin dudas, en la Unión Europea y en los Estados Unidos. Empero, en las industrias culturales la concentración de la producción y de la circulación de bienes en pocas –y con frecuencia toscas– manos entraña riesgos sobre la diversidad y calidad de la producción y del acceso a la cultura.



Ese fue el decorado que sirvió como telón fondo al XVII Encuentro sobre la Edición que, organizado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, y con la colaboración de la Federación de Gremios de Editores de España, se realizó en Santander entre el 11 y el 13 de julio. Dirigido, este año, por Jorge Herralde, director de la editorial Anagrama, el seminario se realizó bajo el lema "Pasión y oficio de editar (La edición con editores)". Así, desde su mismo título, el encuentro quiso ser debate no menos que proclama: la edición, se insinúa de este modo, es una profesión que debe articular los rigores del oficio con las intensidades de las pasiones. La edición, se sugiere por oposición, es algo distinto –y algo más– que la busca de la mayor tasa de beneficios en la línea final de los balances empresarios.

La orquesta estuvo bien dispuesta por Herralde, quien cedió la batuta a los míticos Francisco Porrúa y Javier Pradera, editor, el primero, de Sudamericana (donde publicó *Cien años de soledad* y *Rayuela*) pero, sobre todo, como él mismo señaló, editor de Minotauro; fundador, el otro, de Alianza Editorial. Ambos dieron el tono del encuentro y establecieron –con sus palabras, es cierto, pero hubiera sido suficiente su sola presencia– el horizonte del cual no era posible apartarse. Las cuerdas estuvieron a cargo de los emblemas de hoy: los editores o fundadores de Pretextos, Paidós, Crítica y Grupo 62. En los vientos, Franco Maria Ricci, el refinado (quizá, debo decirlo, excesivamente) editor italiano. La percusión, naturalmente, estuvo a cargo de un alemán y un norteamericano, de Carl Hanser Verlag uno y de Grove Atlantic el otro. El solista, que interpretó su parte maravillosamente bien, fue Roberto Calasso, filósofo de una envergadura no menos notable que la que tiene como editor del sello Adelphi. A ellos se sumaron algunos franceses y otros tres editores españoles cuyos proyectos son más recientes pero no menos importantes.

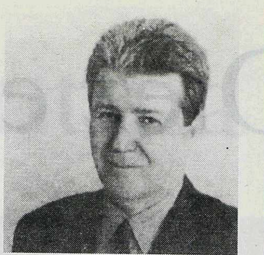
¿Qué música esperaba uno escuchar en Santander, en esos días? Dado el carácter del Encuentro, dado su título y la referencia que ese título tiene al libro *La edición sin editores* de André Schiffrin (una dura crítica de los proceso de concentración y de la teocracia del mercado), era presumible encontrar discursos de barricada: apologías del pequeño editor independiente, denuncias hacia los grandes grupos, reivindicación de los espacios nacionales como sitios privilegiados para el desarrollo de la cultura. La música, sin embargo, fue diferente. Las reivindicaciones existieron, sin duda, tanto como las diatribas, pero ni las unas ni las otras echaron mano del recurso al lugar común según el cual lo pequeño, nacional e independiente es bueno en oposición a lo grande, trasnacional y corporativo. Y ello fue posible, entre otras razones, porque los participantes pudieron (y supieron) diferenciar los sistemas de valores de los sistemas de intereses para luego articularlos del modo más armónico posible.

Así, los sistemas de valores reivindicados pusieron su eje en el rigor del trabajo editorial, un rigor que se traduce en la construcción de catálogos consistentes, realizados por editores de alta calidad, sea en la literatura, sea en el pensamiento. El trabajo editorial como centro de un sistema de valores es una novedad en estas discusiones, al menos para la edición argentina, muchos de cuyos protagonistas creen que el solo hecho de que el dueño de.una empresa sea argentino confiere a su acción un valor que su labor editorial niega en cada página de cada libro publicado. Los términos de la ecuación se invierten: un proyecto editorial de calidad transfiere consistencia a la edición nacional, aun cuando muchos piensen que el carácter nacional transfiere prestigio al sistema editorial.

Establecido de ese modo el sistema de valores puede, entonces, discutirse con mayor claridad cuáles son los sistemas de intereses que están en juego. Porque, sin duda, los intereses de los grandes grupos no son coincidentes con los de los editores independientes, pero no son necesariamente contradictorios. Esa es una de las lecciones más claras de Santander: allí se vio cómo buena parte de los proyectos editoriales independientes más prometedores crecen al amparo de grandes empresas, tanto en Francia como en Italia. Pequeños editores que reciben el capital necesario para poner en marcha sus proyectos, pero que también se benefician de las estructuras administrativas, de producción, logísticas y comerciales de los grandes. A cambio de qué, se preguntarán algunos. De muchas cosas, naturalmente: de la capacidad que tienen los independientes de estar atentos a las tendencias y a los movimientos culturales, tarea que no resulta sencilla desde las grandes organizaciones; de la acumulación de capital simbólico que reciben de esos proyectos; de la capacidad que tienen los independientes de construir catálogos que quizá, en el mediano plazo, serán absorbidos por aquellos que les dieron amparo. Por razones, obviamente, buenas y malas (aunque no necesariamente las malas razones lo son por aquello que uno tiende a imaginar que es malo).

Los riesgos que entraña para la cultura la concentración de la producción y comercialización de bienes en pocas manos de grandes corporaciones cuyo principal objetivo es la maximización de la ganancia son, evidentemente, inmensos. Pero del Encuentro de Santander es posible obtener muchas conclusiones que la industria editorial argentina no debería desconocer. La primera de ellas es que la defensa de la edición local no puede concebirse a partir del encierro sobre sí misma. De hecho, esa es una lección que bien podríamos haber tomado de nuestra propia historia: la industria editorial argentina fue relevante cuando su relación con el mundo era fluida, cuando los catálogos se construían con rigor y con los mejores autores de la literatura y del pensamiento universales, y cuando al frente de las empresas estaban hombres que asumían seriamente el negocio, porque actuaban con el saber de la pasión y con la inteligencia del oficio. Quizá nuestra industria vuelva a ser próspera cuando, nuevamente, haya editores guiados por la pasión de editar, y a esa pasión le sumen el oficio. ♣

Nadando entre tiburones



POR JORGE HERRALDE

En octubre del año pasado, en el Círculo de Bellas Artes, la Federación de Gremios de Editores de España organizó la presentación de un libro, *Precio fijo del libro. ¿Por qué?*, coordinado por Martínez Alés, en el que se enumeraban sólidamente los peligros de la desaparición del precio fijo del libro, una iniciativa desdichada del Partido Popular gobernante en España que logró frenarse. En un momento dado, paseando por el Salón de Columnas del Círculo, Francisco Pérez González –es decir Pancho, que es quien manda en estos encuentros sobre la edición y en tantas otras cosas– me pasó el brazo por el hombro, a su característico modo, me llevó a un aparte y me dijo que tenía que dirigir el curso de 2001. Yo argumenté que estaba muy liado con mis propias ocupaciones, pero me temo que con la moral muy baja: ¿Quién puede resistirse a Pancho?

A principios de año me puse a pensar un poco en el curso. Primero le puse un título transparente, *Pasión y oficio de editar*, una frase-síntesis de un modo de entender la edición, la del editor vocacional que se apasiona por la vertiente cultural de su dedicación pero que valora también el aspecto artesanal de su oficio. En suma, editar los mejores libros posibles, de forma que configuren un catálogo armonioso, y ocuparse de la edición de la forma más cuidadosa. Es decir, como proyecto y en la práctica diaria, solventar la vieja distinción entre fondo y forma. Luego le puse un subtítulo, *La edición con editores*, un guiño obvio al libro *La edición sin editores*, un libro un tanto apocalíptico de nuestro amigo americano André Schiffrin, en el que se contempla la extinción del peculiar género humano que constituye al verdadero editor, una extinción bajo el signo de la hiperconcentración y el triunfo del Mercado con mayúsculas.

Mi hipótesis de trabajo es que, pese a todo, los auténticos editores subsisten y no parecen condenados a tal desaparición. Este año se ha publicado un libro muy estimulante de Jason Epstein, otra gran figura de la edición norteamericana, *El negocio del libro. Pasado, presente y futuro de la edición*. En él, aparte de hacer un apasionante recorrido sobre la edición norteamericana del siglo XX, Epstein finaliza afirmando que, gracias a Internet, los grandes conglomerados colapsarán y se volverá a los tiempos de la "edición con rostro humano". Pese a mi optimismo inveterado no llego a tan altas cotas, pero celebraría que estuviera en lo cierto.

El título y el subtítulo de este encuentro ya me daban automáticamente sus protagonistas. Me planteé un recorrido temporal, desde los años 60 hasta ahora mismo, hasta los novísimos de las últimas generaciones. A los ponentes tradicionales en estos cursos, que habían sido españoles y latinoamericanos, se han sumado algunos de las más significativas figuras de la edición literaria internacional en otras lenguas. Así, representando a Francia, uno de los editores con un prestigio más conspicuo a lo largo de más de cuatro décadas, Christian Bourgois; también había invitado a otro de los grandes de la edición francesa, Jérôme Lindon, el editor de Minuit, que por desgracia falleció hace unos pocos meses. También franceses son dos de los editores más destacados de su generación, Paul Otchakousky-Laurens y Oliver Cohen. En nombre de Italia, figuran Carlo Feltrinelli, actual director de la mítica Giangiacomo Feltrinelli Editore, el gran editor y escritor Roberto Calasso, patrón de Adelphi, y Franco Maria Ricci, una *rara avis*, el símbolo mayor quizá de la exquisitez editorial. Por parte alemana, figura Michael Krüger, poeta, novelista y editor, que dirige una de las mejores editoriales literarias de su país, Carl Hanser Verlag. El norteamericano Morgan Entrekin, posiblemente el editor más espídico de la escena internacional, es el director deGrove/Atlantic, un islote independiente en la cuadrícula conglomerada de su país. También iba a participar, en representación del Reino Unido, nuestro amigo Christopher Mac Lehose, que al frente de Harvill lucha de forma ejemplar, en condiciones desiguales, en su respectiva cuadrícula anglosajona respectiva. Por desgracia, problemas familiares han impedido su presencia. Por fortuna, ha podido venir Michi Strausfeld, una personalidad un tanto subterránea pero importante en la edición alemana y española, simultáneamente. Así, entre Suhrkamp y Siruela, es una editora *in-between*, como la etiqueta de la literatura que más le gusta, los turcos que escriben en alemán, o los marroquíes en francés o los indios en inglés.

> En *El negocio del libro. Pasado, presente y futuro de la edición*, Jason Epstein afirma que, gracias a Internet, los grandes conglomerados colapsarán y se volverá a los tiempos de la "edición con rostro humano".

En cuanto a los editores en lengua española, el recorrido se inicia en los 60 con Javier Pradera, fundador de una iniciativa importantísima, Alianza Editorial, y con Paco Porrúa, una leyenda semisecreta, director literario de Sudamericana cuando publicó *Cien años de soledad* y primer editor de Cortázar. También Xavier Folch, otro nombre imprescindible, con un largo trayecto por Ariel, Crítica, Empúries y Grup 62, y Manolo Borrás, al frente de la excelente Pre-Textos. Para que hablaran "A favor del ensayo" convocamos a los representantes de tres editoriales rigurosamente indispensables: Gonzalo Pontón de Crítica, Enric Folch de Paidós y Alejandro Katz del Fondo de Cultura Económica. En el apartado "Cultura y fetiche" estarán Jaume Vallcorba –editor de los exquisitos Quaderns Crema en catalán y El Acantilado en castellano– acompañará al Sumo Sacerdote, Franco Maria Ricci. También hubiera debido acompañarlos Jacobo Siruela, pero ya ha iniciado sus aristocráticas vacaciones.

Y en la sesión final, y como posibles relevos de todos nosotros (lo más tarde posible, claro está), cerrarán el encuentro "Los nuevos editores": Pedro del Carril, de Salamandra, José Huerta, de Lengua de Trapo, y Amador Fernández Savater, de Acuarela.

Todos ellos son auténticos editores vocacionales, en su mayoría independientes, o acompañados por otros cuyo talento y talante y éxito profesional les permite actuar como independientes de facto.

En cuanto al curso, me ha alegrado saber que ha superado con creces el número de inscriptos de cualquier otra convocatoria. En sus años de esplendor, el entonces presidente del gobierno, Felipe González, alertó sobre los peligros de "morir de éxito", frase que en su caso resultó tristemente profética. Aquí, los organizadores, felices pero alarmados, han cerrado cautelosamente las compuertas para nuevas inscripciones en las últimas semanas.

Pienso que el interés despertado no carece de lógica: es muy inusual, incluso en el ámbito internacional, que se reúnan varios días, para hablar de sus enriquecedoras experiencias, tantas superestrellas como las que han querido reunirse con nosotros. Cuando mis colegas, los ponentes, me preguntaban qué se esperaba de ellos, mi respuesta era única y simple. Que hablaran del pasado, el presente y el futuro de sus actividades editoriales y de los cambiantes entornos en los que se habían desarrollado, en las dosis que creyeran más interesantes para todos. ♣

NOTICIAS DEL MUNDO

El próximo jueves 16 de agosto la Casa Nacional de la Poesía realiza un homenaje a Olga Orozco en recuerdo de su fallecimiento, hace dos años. En el acto, que se realizará en Defensa 1575 a las 20, se anunciará la edición de los libros *Museo salvaje* y *Los juegos peligrosos*, que la Casa de la Poesía coeditará junto con la editorial Ameghino. La edición incluirá un disco con la voz de la gran poeta argentina leyendo sus textos. El libro será presentado en el próximo Festival Internacional de Poesía que se realizará del 27 al 30 de agosto.

La imaginación sigue en baja, parece. El escritor español Arturo Pérez-Reverte, el productor Antonio Cardenal y el cineasta Manuel Palacios fueron acusados de plagiar el guión de la película *Gitano*, estrenada el año pasado y protagonizada por Joaquín Cortés y Laetitia Casta. La querella fue presentada ante un juzgado de instrucción de Madrid por el director y guionista Antonio González Vigil. La asociación ALMA (Autores Literarios de Medios Audiovisuales) comparó el guión con de Vigil y determinó que "no existe una copia literal entre las obras", pero sí "contenidos comunes de relevancia".

Hasta finales de agosto, el escritor francés André Helena, autor de novelas policiales de los años 50, será objeto de una exposición sobre su obra en la Biblioteca de las Literaturas Policíacas de París (Bilipo). Helena publicó más de cien títulos en ediciones populares. La Bilipo es una de las siete bibliotecas públicas especializadas de París, junto con la Administrativa, la Forney (consagrada a las Bellas Artes), la de las Artes Gráficas, la de las Artes Decorativas, la Mediateca des Halles y la Marguerite Durand sobre mujeres y feminismo.

El escritor colombiano Gabriel García Márquez entregó a sus editores las primeras mil páginas de sus memorias, según informó él mismo hace unos días en La Habana. En este primer tomo, que sería completado por otros dos, García Márquez resume recuerdos que abarcan desde que abrió los ojos en su natal Aracataca hasta la publicación de la novela *La hojarasca*.

BOCA DE URNA

Diez en conducta

Los libros más vendidos de la semana en Librería Hernández.

Ficción

1. **El señor de los anillos**
J. R. Tolkien
(Minotauro, $ 45)

2. **Rainer y Minou**
Osvaldo Bayer
(Planeta, $ 17)

3. **Obras completas**
Alejandra Pizarnik
(Lumen, $ 12.90)

4. **Te digo más**
Roberto Fontanarrosa
(De la flor, $ 16)

5. **El cuento de la isla desconocida**
José Saramago
(Alfaguara, $ 6)

6. **Rosaura a las diez**
Marco Denevi
(Colihue, $ 10)

7. **Los de abajo**
Mariano Azuela
(Fondo de Cultura, $ 9)

8. **Un lugar inocente**
Carlos Bernatek
(Atril, $ 15)

9. **El libro de la hortensia**
AA. VV.
(Siglo XXI, $ 12)

10. **Setembrada**
Eduardo Belgrano Rawson
(Alfaguara, $ 16)

No ficción

1. **El atroz encanto de ser argentinos**
Marcos Aguinis
(Planeta, $ 17)

2. **Arte poética**
Jorge Luis Borges
(Crítica, $ 16)

3. **El camino de la autodependencia**
Jorge Bucay
(Sudamericana, $ 13.90)

4. **Sobre la historia**
Eric Hobsbawm*(Crítica, $ 9)*

5. **Yo pago tú pagas ellos gastan**
Guido Lanfranconi
(Ed. del autor, $ 10)

6. **Venta de armas**
Daniel Santoro
(Planeta, $ 18)

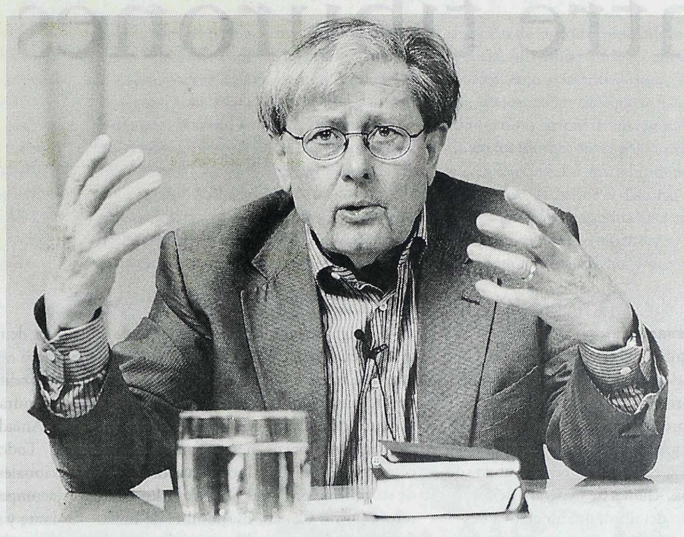
7. **Parias urbanos**
Loic Wacquant
(Manantial, $ 14)

8. **En el límite**
Anthony Giddens
(Tusquets, $ 17)

9. **Vanguardia, internacionalismo y política**
Andrea Giunta
(Paidós, $ 29)

10. **Actos de agresión**
Noam Chomsky
(Crítica, $ 15)

¿Por qué se venden estos libros?
"Sorprende el caso de Yo pago, una edición de autor que viene a recordarnos que cuando la propuesta de lectura es sobre un tema instalado, el público responde bien, aunque no medie acción de mercadotecnia alguna. Los libros sobre marginalidad, desempleo y globalización siguen siendo los más requeridos, aunque en estos días Chomsky y Wacquant comienzan a ser desplazados por Rugrats, Pajarito remendado y Pan Flauta. Se viene el día del niño, claro", dice Ecequiel Leder Kremer.



POR KARIN HILLGRUBER, DESDE BERLÍN

Klaus Wagenbach cumplió el año pasado setenta años en su ciudad natal, Berlín. La mitad de esa vida la ha entregado a la profesión de editor. Hay una anécdota que al admirable narrador de historias que es Klaus Wagenbach le gusta repetir, probablemente porque se trata de una vivencia personal de carácter iniciático. Al comienzo de la década de los cincuenta, el joven estudiante Klaus marchó en bicicleta a Italia. Una vez llegado al país de las nostalgias, se quedó detenido en una aldea, como consecuencia de un pinchazo. Al instante, se entabló una disputa entre los hospitalarios habitantes acerca de quién se llevaría a su casa, como huésped, al joven alemán. Venció una mujer enérgica, cuyo hijo estaba por entonces de viaje. Cuando Wagenbach entró en su alojamiento, se quedó anonadado: en las paredes campeaban retratos –de tamaño más que natural– de Mussolini y de Stalin.

Probablemente fue esta despreocupada contradicción, este anarquismo vivido gozosamente hasta lo último, lo que desde entonces fascina de Italia a Klaus Wagenbach, dejando a un lado, por supuesto, la simpatía y amabilidad generales en este país. Su editorial incluye en su nómina de autores a cerca de setenta italianos, entre ellos nombres tan grandes como Luigi Pirandello, Leonardo Sciascia, Italo Svevo, Carlo Emilio Gadda, Alberto Moravia, y –de forma repetida y constante– Pier Paolo Pasolini. Wagenbach ha logrado acercar a los lectores alemanes la "desesperada vitalidad" de Pasolini.

Los *Scritti corsari* de Pasolini se convirtieron en título de una legendaria revista que por desgracia ya no existe. Con su sello Hanser, Wagenbach se ha convertido, con admirable continuidad, en el centro editorial más importante en lengua alemana para la literatura italiana moderna. Un programa de aniversario de la serie "Wagenbach andere Taschenbücher" ha dado testimonio de ello en la pasada primavera. El volumen de ventas de esta "editorial independiente para lectores salvajes" está cifrado en cinco millones de marcos. Anualmente ven la luz sesenta libros, en los que no sólo el luminoso color rojo claro de la conocida serie "Salto" proclama el afanoso ímpetu editorial. Teniendo en cuenta la concentración (un fetichismo de grandezas) en el ramo de las tareas editoriales, el luchador solitario que es Wagenbach se considera a sí mismo, en medida creciente, como "un diletante condenado a muerte", según escribió ya, con amargura, el año pasado, poco antes de cumplir setenta años. Para una empresa de su tamaño, la fijación oficial de los precios resulta imprescindible. ¿Y el secreto de su éxito? Tal vez venga de su amor incondicional por la causa: "Nosotros nos tomamos tiempo. Para elegir el texto, pero también el papel y la tipografía, para olfatearlo todo y para las sensaciones táctiles".

Historias de la llegada del gran desordenado en una época ordenada se titula un texto, harto lascivo, de Günter Bruno Fuchs, extraído de su colección de narraciones *Zwischen Kopt und Kragen*. Klaus Wagenbach las ha editado, siguiendo los deseos del amigo (muerto prematuramente), en papel de embalar y en el tipo de letra, muy anticuado, llamado "Cicero Garamond", que obliga a leer lenta y reposadamente. En un epílogo que deja traslucir mucho de su ética profesional, recuerda cómo su "gran amigo", en el verano de 1967, extendió sus manuscritos y obras gráficas en el suelo del primer domicilio de la Editorial, en la Jenärstrasse: "el autor como productor y como impedimento". "¡Cuánta razón tenía!", exclama ahora Wagenbach, "la adaptación cobarde y acomodaticia no genera arte alguno". ♣

PERIFÉRICOS

Libros de Pataconia

POR JORGE BOCCANERA (TÉLAM)

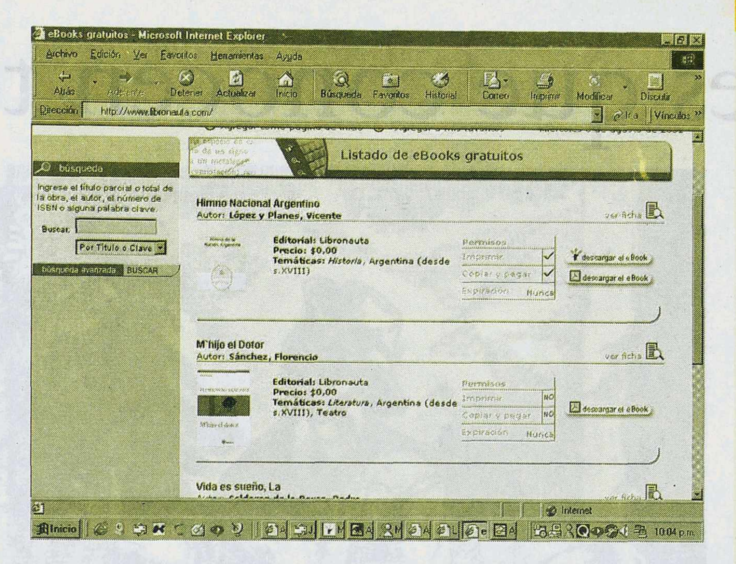
El panorama literario de la ciudad de La Plata incluye revistas, recitales, talleres y otros espacios culturales que intentan desmentir el signo de la crisis del sector. En ese marco, se destaca la labor de las editoriales La Comuna y Al Margen. Hace casi dos años se inició La Comuna, un proyecto de la Municipalidad de La Plata, dirigido por el escritor y periodista Gabriel Báñez, quien al asumir puso como condición promover y difundir la obra de jóvenes inéditos. "A la fecha llevamos publicados 16 libros, y damos espacio a cerca de 220 autores noveles de la ciudad y la región. Lanzamos además algunos libros diferentes como *Tango*, antología de letristas platenses con hallazgos como los temas 'Pasional' y 'Adiós Pampa mía'. A esto se agregan textos infantiles, dramaturgia local, el rock de los noventa, poesía y narrativa". El catálogo de La Comuna incluye la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* ilustrada por Sábat, Fontanarrosa, Maycas, Garaycochea y Maitena.

Los proyectos son ambiciosos y conforman una lista variopinta: un diccionario erótico del Río de la Plata, un ensayo integral de la literatura platense, un libro de guiones cinematográficos y la historia oral de la ciudad. "Nuestro criterio", agrega Báñez, "es amplio: convocatoria abiertas para todos y por género. Se tiene en cuenta, sí, la calidad de los textos, y para ello hay un comité asesor específico en cada área. Nuestros libros confeccionados en rústica se mimetizan con las portadas de cualquier texto de una editorial privada".

Akiko Doy, de Ediciones Al Margen, explica su proyecto editorial: "es un espacio de creación, apoyo y difusión de la escritura; funciona desde 1995. En ficción editamos novela, cuento, teatro y poesía de autores no sólo locales, sino nacionales. Nos interesa especialmente la difusión de los aportes al campo científico a través de textos de investigación y de difusión académica, y los vínculos entre las diferentes universidades y centros de investigación constituyen un área estratégica de nuestra editorial".

Por supuesto, uno de los problemas que enfrentan todas las editoriales pequeñas es el de la distribución. Y ahí también entra en juego la imaginación. Ediciones Al Margen trata de abarcar todo el territorio nacional, "a través del circuito tradicional de ventas en librerías, pero también por medio de una vía diferencial con canales relacionados a los lectores, recurriendo a la base de datos confeccionada a tal efecto: contacto con bibliotecas especializadas, suscripciones, ventas contra reembolso y contacto personalizado a través del correo electrónico y de nuestra página web". ♣

Industria argentina



POR SANTIAGO LIMA

Los libros electrónicos ya están entre nosotros. Dos son los sitios argentinos que ofrecen esta novísima modalidad de edición, elaleph.com y libronauta.com. A través de esas páginas se puede acceder tanto a los programas necesarios para leer libros en formato electrónico como a las bibliotecas y librerías que, en la red, ofrecen material para los lectores modernos.

Los libros electrónicos circulan como archivos que sólo pueden leerse a través de los programas para los cuales fueron diseñados. Los más comunes de esos programas son el Adobe Acrobat eBook Reader y el Microsoft Reader. Ambos son de distribución gratuita y permiten leer libros, marcar páginas o resaltar frases y realizar anotaciones "al margen" (el carácter puramente mimético de estas operaciones respecto de sus antecedentes manuales anticipa, desde ya, su fracaso). De acuerdo con los permisos grabados en los archivos (que pueden consultarse bajo la etiqueta "propiedades"), los libros electrónicos se pueden además copiar un número limitado de veces y, con suerte, imprimirlos (casi nunca más de una vez). Los libros que se incluyen en las bibliotecas son de distribución gratuita mientras que los listados en las librerías de la red sólo pueden leerse si uno los compra previamente. El trámite es sencillo y, en uno y otro caso, se baja el archivo a la computadora personal o *palmtop*.

Por supuesto, como casi nadie gusta de leer libros en pantalla (y la calidad de las tipografías utilizadas es muy variable), el futuro del libro electrónico estará seguramente en la impresión a pedido, servicio que libronauta.com ofrece desde ahora. Si uno quiere un libro de los que participan de esta modalidad, lo pide, se lo imprimen y se lo mandan por correo. La publicitada ventaja de este método es que deja de existir la ominosa figura del "libro agotado". La crítica que puede formulársele es que la edición siempre supuso un riesgo, una apuesta, casi una excitación. Todo eso desaparecerá para siempre si la impresión a pedido se generaliza.

El director de Contenidos de Libronauta es Fernando Fagnani, quien ha diseñado la sección "Cuentos exclusivos" del sitio, donde a partir del martes pasado pueden encontrarse relatos inéditos de Alicia Steimberg ("Credo"), Leopoldo Brizuela ("Luna roja") y Federico Andahazi ("El oficio de los santos"). Sobre este nuevo servicio, Fagnani dice: "Estamos abriendo una sección de textos cortos inéditos de escritores latinoamericanos que, a partir de ahora, cualquier lector va a poder bajar en su computadora, a un precio razonable que va desde los U$S 2 en adelante, según su extensión".

Por otro lado, Libronauta ofrece una reedición del libro de relatos *La manifestación* de Jorge Asís, a treinta años de su publicación original. Se trata de la primera obra de un autor argentino que se publica en formato electrónico y con sistema de impresión a pedido. "Que esta novela se reedite en 2001 –dijo Asís–, significa pasar en limpio mi historia y asumir hasta la última coma de mi producción literaria. Por otra parte, que mi primer libro realmente importante aparezca bajo los formatos más modernos y tecnológicamente más innovadores indica una situación de readaptación a los tiempos que corren que me gusta mucho."

Además de los títulos incorporados a la Librería, Libronauta ofrece servicios de biblioteca, vínculos con otros sitios para la descarga gratuita de libros electrónicos, información sobre la actualidad literaria, correo electrónico, foros, *chats* periódicos sobre temas específicos y buscadores.

Walter Benjamin decía que, en la época de la reproductibilidad técnica, la obra de arte gana en capacidad exhibitiva y pierde su carácter cultural (su "aura"). Habrá que ver qué pasa con el libro convertido al formato electrónico. ♣

EL EXTRANJERO

POOR GEORGE
Paula Fox
W.W. Norton
Nueva York, 2001
220 págs. U$S 13.00

En ocasiones, los norteamericanos son especialistas en olvidar a sus mejores escritores por el sólo hecho de poder recordarlos después con pompa, redención y el afecto de toda una nueva generación de escritores que, quién sabe, tal vez sean olvidados con el tiempo. A veces se acuerdan demasiado tarde (tal es el caso del recién redescubierto Richard Yates, de quien se habló en esta misma columna) y a veces se acuerdan a tiempo, como ocurre ahora con Paula Fox. Celebrada autora de libros infantiles y próxima a publicar un libro de memorias ya anticipado por *The New Yorker*, Fox también se hizo tiempo para –a partir de 1967 con *Poor George*– escribir seis novelas sobre mundos adultos que se derrumban para volver a construirse de un modo inapelablemente diferente, siempre con una prosa de una precisión que por momentos asfixia, por momentos refresca, siempre deslumbra con frases del estilo "La voz de Judy Garland sonaba sobre el prado y golpeaba la cabeza de Otto como un puño enviado por correo".

Ubicada entre aquellos escritores de catastrofista y sutil humor negro entre los que se podían contar Roth, Friedman, Berger, Updike y Webb, Paula Fox probablemente aparecía como demasiado elegante y sutil. Lo que no impidió que entonces críticos de la altura de Alfred Kazin e Irving Howe compararan la perfecta brevedad de *Desperate Characters* –*nouvelle* de 1970 donde todo empieza con una mordida de gato– con *Billy Budd*, *El gran Gatsby*, *Carpe Diem*, *Miss Lonelyhearts* o *La muerte de Iván Illich*. Casi nada. Pero no lo suficiente para impedir que sus seis novelas desaparecieran de los lugares que solían frecuentar y se quedaran sin editor e imprenta para hoy ser pasto de elogios de firmas como Walter Kirn, Rick Moody y David Foster Wallace. Ahora, por fin, la editorial Norton la saca del armario y lanza reediciones de *Poor George* (novela con maestro gris empeñado en la educación de un colorido delincuente), *Desperate Characters* (una de las visiones más bestiales de esa grieta en la porcelana de un matrimonio) y *The Widow's Children* (ah, el horror, el horror de las reuniones familiares) en elegantes *paperbacks* con introducciones de jóvenes y agradecidos autores de moda como Jonathan Frazen, Andrea Barrett y Jonathan Lethem quien escribe: "Estos libros fueron celebrados en su tiempo y comparados por los críticos con Chejov y Melville y Muriel Spark y Nathanael West y Robert Altman y Randy Newman y Batman y Robin con justeza y razón. Ella es buena, ella es buena, ella es más que buena". Eso.

RODRIGO FRESÁN

Circo ambulante

FERIAS

La Secretaría de Cultura y Comunicación de la Nación, fiel a su política de promover eventos, anunció la implementación del "Programa de apoyo a las Ferias del Libro y Encuentros de Escritores en las provincias". El subsecretario de Cultura, Hugo Storero, relacionó el lanzamiento del programa con la promulgación de la discutida Ley del Libro.

El programa nacional comenzó con la Feria del Libro de Santa Fe (del 2 al 12 de agosto pasado), organizada conjuntamente por la Universidad Nacional del Litoral, la Subsecretaría de Cultura de la provincia y el Centro de Comercio, en cuyo marco se desarrollaron las jornadas del segundo Congreso de Literatura Argentina de la UNL. El apoyo de la Nación a este evento, dijo Storaro, fue "incipiente", pero espera que "el año próximo esta ayuda pueda ser más categórica" y se expresará materialmente en el financiamiento de algunas actividades y en la instalación de stands. El Programa continúa este año con el apoyo a las Ferias programadas en Gaimán, Chubut (del 15 al 19 de agosto), Rosario (del 19 al 30 de setiembre), Mendoza (del 31 de setiembre al 7 de octubre) y Tierra del Fuego (en la tercera semana de noviembre), y además el VI Foro por el Fomento del Libro y la Lectura de Resistencia, Chaco (15 al 18 de agosto) y las Jornadas de Homenaje a Manuel Puig en General Villegas (octubre). La Nación también apoyará los encuentros de escritores en Neuquén (en octubre), Salta (27 y 27 de octubre) y La Pampa (noviembre). ♣

POLÍTICAS EDITORIALES

El próximo miércoles 15 a las 19 se presenta en la Biblioteca Nacional (Agüero 2502) la edición crítica del *Martín Fierro* coordinada por Élida Lois y Angel Núñez para la colección Archivos. El acontecimiento aparece ensombrecido por la irresponsabilidad del Estado argentino, que pone en riesgo la participación futura del país en uno de los más trascendentales proyectos editoriales de hoy.

Males que conocen todos

"Qué mañana ni otro día"
Al punto me contestó,
"La paga ya se acabó,
Siempre has de ser animal"–
Me rai y le dije: "–Yo...
No he recebido ni un rial".

Se le pusieron los ojos
Que se le querian salir,
Y ahi no más volvió a decir
Comiéndome con la vista:
"–Y qué querés recebir
Si no has dentrao en la lista?–

José Hernández





El viejo Vizcacha en la ilustración de la primera edición de *La vuelta de Martín Fierro* (1879)

POR DANIEL LINK

En 1971, Miguel Angel Asturias legó sus manuscritos a la Biblioteca Nacional de Francia, con la condición de que el Centro Nacional de Investigaciones Científicas francés dispusiera el estudio y la edición crítica de esos materiales. Ése fue el puntapié inicial para que, años después, se constituyera un proyecto multilateral que asocia organismos internacionales y nacionales de investigación de doce países: la colección Archivos. Los ambiciosos objetivos de la colección –uno de los grandes proyectos editoriales de la última década– apuntan a establecer los textos de los grandes títulos de la literatura latinoamericana a través de un minucioso estudio de las diferentes ediciones y (cuando los hubiere) de los manuscritos. No se trata sólo de purismo filológico lo que guía a los investigadores responsables de cada uno de los volúmenes: la genética textual pone el acento en el estudio de las variaciones como rastros de tensiones estéticas e ideológicas.

El 28 de septiembre de 1984 se reunieron en Buenos Aires los representantes de cuatro países de Europa (España, Francia, Italia y Portugal) y cuatro de América latina (Argentina, Brasil, Colombia y México) para firmar el acuerdo original que preveía la edición de ciento veinte títulos en las cuatro lenguas del continente americano, de acuerdo con las pautas establecidas el año anterior en un Coloquio organizado por la Unesco, cuyo Proyecto de Salvaguarda de la Memoria Escrita Latinoamericana fue el marco en el que se insertó la colección. Cada uno de los países signatarios del convenio (renovado en diciembre de 1993) debe aportar al Proyecto Archivos una cuota anual para garantizar el desarrollo de las costosas investigaciones necesarias para arribar a cada una de las ediciones. El Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Buenos Aires asume las responsabilidades académicas relativas al capítulo argentino del proyecto. España tomó a su cargo la coordinación editorial de la colección, a través del Plan Nacional de I+D de la Oficina de Ciencia y Tecnología de la Presidencia del Gobierno de España.

Hasta la fecha, Archivos ha publicado 52 títulos de trece países, ha firmado 70 nuevos contratos de coordinación (que involucran a 600 especialistas de 32 países) y ha preparado un plan de producción que prevé la publicación de ocho títulos por año. Gracias a la extraordinaria generosidad de Amos Segala, secretario general del Consejo de Administración, y a la habilidad política de los responsables del capítulo argentino, la colección Archivos ha publicado un porcentaje de obras argentinas (Arlt, Conti, Cortázar, Macedonio Fernández, Girondo, Güiraldes, Marechal, Martínez Estrada, Sarmiento y, ahora, el *Martín Fierro*) superior a la media. Si bien están planificadas para este mismo año la publicación de *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig y *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sabato (inexplicablemente, porque una de las condiciones de la colección es la publicación de obra de autores fallecidos), la continuidad de Argentina en el proyecto es incierta por la reticencia de las autoridades locales a responder a sus obligaciones.

El *Martín Fierro* que ahora se publica es, de hecho, el resultado de un subsidio para miembros morosos, clase en la que la Argentina revista desde hace dos años.

El *Martín Fierro* que ahora se publica –en una edición que, por primera vez, analiza sistemáticamente los originales de *El gaucho Martín Fierro*–, es, de hecho, el resultado de un subsidio para miembros morosos, clase en la que la Argentina revista desde hace dos años. Amos Segala ha propuesto al gobierno nacional condonar la deuda y firmar un nuevo acuerdo a partir del año próximo, pero ni las autoridades del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto –Teresa Anchorena– ni las de la Secretaría de Cultura de la Nación –Darío Lopérfido–, signatarios del proyecto, se han dignado siquiera a responder su correspondencia o a otorgarle una entrevista. La CONABIP, dependiente de la Secretaría de Cultura y que figura como coeditora de la colección, adeuda u$s 60.000 por las compras anuales de títulos para distribuir en las Bibliotecas Populares. Por su parte, la Cancillería debe otros u$s 60.000 (sus compromisos de contribución para 1999 y 2000).

El año pasado, el embajador Estrada Oyuela se comprometió a restablecer la contribución en cuanto se publicase el *Martín Fierro*. Teresa Anchorena repitió la promesa en París a comienzos de este año. Por supuesto, a esas promesas se las debe haber llevado el viento del "déficit cero", porque lo cierto es que lo único que el país ha hecho hasta el momento es comprar cien ejemplares del *Martín Fierro* que el presidente Fernando de la Rúa llevará de regalo al próximo Congreso de la Lengua Castellana que se realizará en octubre en Valladolid –exigiendo, de paso, que se agregue a esos libros una página en la que se deje constancia de su gesto.

Consultada Élida Lois sobre el futuro de la participación argentina en el proyecto Archivos, contestó: "Puede tener su lógica que, en medio de esta debacle, el país tenga que suspender el aporte económico para una empresa cultural (y la tendría si se estuviesen buscando salidas *justas* en el nivel nacional), pero lo que resulta incalificable es que se nieguen hasta a responder los llamados (aunque el que se esconde sabe muy bien por qué lo hace). Cuando las autoridades pasan por París y asisten a los cócteles de la Embajada Argentina, cantan loas a la Colección (Teresa Anchorena, de la Dirección de Asuntos Culturales de la Cancillería, cuando en enero acompañó una misión de Rodríguez Giavarini; Alejandro Gómez, de la Secretaría de Programación Cultural y Eventos Especiales, cuando fue a acompañar la muestra de tango por abril-mayo). Ahora, cuando se les pidió tan siquiera el auspicio para la presentación del *Martín Fierro*, Anchorena –después de dilaciones que obligaron a retrasar la impresión de las invitaciones– hizo decir a una secretaria que *no le interesaba* [sic] que se hiciese público su apoyo y Gómez ni se digna contestar".

Por supuesto, también es sorprendente que la Secretaría de Cultura de la Nación haya utilizado fondos de la CONABIP (u$s 500.000) para financiar su Plan de Fomento a la Edición Argentina sin haber contemplado atender las obligaciones del país en un proyecto irreprochable del cual la Argentina -por su propio peso específico, pero sobre todo por sus necesidades– no puede faltar. Como denuncia Élida Lois: "Si el apoyo argentino se corta, se congela el espacio de la literatura argentina en la Colección".

Otra perla de la irresponsabilidad argentina en materia de políticas culturales se refiere específicamente a la libreta manuscrita de *El gaucho Martín Fierro*, que Élida Lois pudo ver a comienzos de los años '90 pero que, por su deterioro cercano a la desintegración, no podía ser manipulada. Hacia 1991 se pidió la colaboración del Fondo Nacional de las Artes, que prometió hacerse cargo de la restauración, cosa que finalmente debió hacer la Asociación Archivos ante la indiferencia del Estado argentino. La restauradora Alejandrina Guedes, considerada una autoridad en la materia (fue quien restauró los manuscritos de la Constitución del 53), junto con su nieta, Alejandra Aballay, asumieron el trabajo "patrióticamente" y cobraron sólo u$s 2000 por un trabajo minucioso que les llevó más de un año. Dice Lois: "Este año Amos Segala propuso a la Secretaría de Cultura condonarles la deuda, renegociarla, e incluso esperar con paciencia la recuperación del país, pero sobre la base de una voluntad expresa de colaborar, al menos para que no saquen ese escudito argentino que, en virtud del orden alfabético, encabeza la serie de emblemas y logos que se ve en la tapa. Nadie ignora que estamos en el Titanic, pero de todos modos es muy descorazonador el tratamiento que reciben los trabajos de investigación de más de un centenar de argentinos". ♣